

Tras Escocia, ¿nuestros pueblos originarios?

Columnista invitado. La globalización ha traído un desafío real al Estado-Nación. América Latina debe seguir con atención las diversas demandas de autonomía.

Ricardo Lagos EX PRESIDENTE DE CHILE

Es comprensible que el primer ministro David Cameron respirara aliviado tras conocer los resultados del referéndum sobre la independencia de Escocia. Se dice que si hubiera ganado el “Sí” habría presentado su renuncia. La reina Isabel II hizo saber su complacencia y llamó a trabajar juntos a todos quienes forman el Reino Unido (Gales, Escocia, Inglaterra) más Irlanda del Norte. Al mismo tiempo se anunciaron nuevas autonomías y derechos para Escocia. Y con el gobernante británico muchos otros en Europa se sintieron más tranquilos.

Pero, ¿se ha tratado de un resultado para la tranquilidad o es una advertencia de un proceso en marcha?

Todo indica que el tema, en su expresión general, no está cerrado y reclama, especialmente para Europa, una reflexión más profunda. De partida, porque a la vuelta de la esquina está la convocatoria en Cataluña. La diferencia es que en Escocia había acuerdo con Londres para hacer la consulta, mientras en el caso catalán el rechazo de Madrid es absoluto. El presidente de la Generalitat de Cataluña, Artur Mas, ha señalado ahora que un referéndum como el de Escocia es el camino a seguir ya que permite un proceso democrático, donde el Sí o el No tendrán la posibilidad de expresarse con nitidez.

Para Madrid, en cambio, se trata de una convocatoria fuera de la Constitución y, por ello, alteradora del orden español.

Es ilustrativo recordar que en la historia reciente de Canadá se han dado dos consultas sobre la independencia de Quebec, región de habla y cultura francesa: la última en 1995, cuando los independentistas casi lo lograron con el 49,6 % de los votos. Por eso a fines de 2006 el Parlamento canadiense, con el apoyo del partido gobernante, **reconoció a los quebequeses como una nación dentro de un Canadá unido.** Con todo, el tema ha reemergido con una nueva generación política quebecois. Y con el

mismo sentido de nación con fuerte historia propia se escuchan voces independentistas en el País Vasco, en Flandes e, incluso, en la Italia del norte.

¿Qué tendencias están desplazándose por debajo de la realidad gestada desde la creación del Estado-Nación? ¿Qué expresa todo esto?

El Estado-Nación como hoy lo conocemos es el resultado de un largo proceso que al terminar la Edad Media -luego de la Reforma y el Renacimiento con su impacto en las ciencias, en las artes, en la política, en la filosofía-, abrió paso a un mundo nuevo. El poder político de la Edad Media, centrado básicamente en el señor feudal y en la ciudad, quedó atrás ante otro escenario de poder con la unificación de los estados, gestándose así el Reino de España, de Francia o Inglaterra. Otros demoraron más, como Alemania o Italia, mientras la disolución de los imperios Austro-Húngaro y Otomano gestaría nuevas expresiones del Estado-Nación.

Toda la historia, desde el siglo XVI es un proceso de formación del Estado-Nación, agrupando lo que eran identidades locales en expresiones mayores, sobre todo ligadas a un ejército articulado bajo una bandera y una moneda común. Fue este proceso el que llevó a la Paz de Westfalia, en donde se concluyó que no cabía que los países fueran a la guerra por la religión y la solución era que cada sociedad seguiría la religión de su señor rey. Ahí se establecieron las bases para la paz mediante el equilibrio de poder que debía existir entre todas las naciones.

Ahora la pregunta es ésta: ¿aquellas regiones que en el pasado, siendo de identidad fuerte, aceptaron o debieron aceptar ser parte de un Estado-Nación, **están repensando esa pertenencia** cuando ven que la globalización está sobrepasando el ser y el hacer de esa institución política?

Por una parte, la globalización toma espacios de decisión que fueron propios de la soberanía clásica. Si **la moneda ya no da identidad** como fue antes (la lira, la peseta, el franco, el marco o la dracma), todo es moneda común más allá de la frontera, y el devenir económico del país está determinado por entes supranacionales como el Banco Central Europeo, cabe entender que ciertas identidades nacionales (sus ciudadanos, en concreto) sientan que su razón de ser, bajo el Estado del cual forman parte, se ha ido diluyendo.

En tanto **la globalización penetra todas las sociedades, los sustentos de la identidad local reemergen con más fuerza.** Los grandes centros comerciales, los aeropuertos, las tiendas de ropa y otros bienes, las grandes cadenas de comida o de servicios múltiples son las mismas en todos lados. Si ello es así y ha traído modernidad

a la vida cotidiana, la ciudadanía pareciera estar crecientemente preguntándose: ¿qué somos en medio de todo este avance global?

El mundo se va constituyendo para un diálogo global de grandes espacios y allí la larga edificación de la Unión Europea parece haber detenido su marcha hacia una identidad mayor. Bien sabemos que la consulta para una Constitución Europea (2005) no logró su objetivo inicial y lo concreto es que desde entonces la Unión Europea se ha movido casi exclusivamente por una agenda económica. Además, no pareciera tener una estrategia efectiva para articularse con el desarrollo de Estados Continentes, como son Estados Unidos, China o la India y, en una escala menor, Sudáfrica y Brasil.

Y en el intertanto, fuertemente apegadas a su lengua propia y sus raíces culturales profundas, **las identidades nacionales reaparecen marcando diferencias con el Estado que las cobija:** es lo vivido en Escocia, porque una cosa es rechazar la independencia y otra dejar de ser escocés.

En concreto, la globalización ha traído un desafío real al Estado-Nación como lo conocimos. América Latina, donde el siglo XXI nos encuentra con Estados consolidados, no puede dejar de mirar este devenir con interés especial.

¿Demandarán aquí los pueblos originarios un espacio mayor de autonomía concordante con su sentir como nación?

Sabemos que la pregunta está en el aire y hoy encuentra mayor legitimidad para plantearse. La globalización la refuerza en sus argumentos.